

La historia de Andrea Francesco Altesti

"Esta es la historia de un hombre polifacético, carismático y escurridizo. Una figura misteriosa y fascinante, ciudadano del mundo antes de que los confines del mundo fueran los de hoy. Un hombre que ocupó cargos de prestigio y posiciones secretas, que habló de igual a igual con emperadores y jefes de Estado y que quizás también por ello fue exiliado a lugares desolados, antes de ser rehabilitado y desaparecer en el aire, sin dejar rastro".

Estas son las notas del director de una obra que ha querido contar la historia del primer accionista de Generali de la historia: Andrea Francesco Altesti.

Conservada celosamente en la sede del Archivo Histórico de Generali en Trieste, la acción emitida el 30 de junio de 1832 sancionó el inicio del accionariado generalizado de la empresa, un cambio de ritmo innovador para Trieste y sus empresas más sólidas y, en consecuencia, como siempre ha ocurrido, para todo el "Sistema Trieste".



La acción es un papel tamaño A4 en el que figura la frase "Certificado de acciones de Assicurazioni Generali Austro-Italiche de mil florines (...)" que se vende al señor A.F. Cavalier d'Altesti".

En ese momento, Altesti es un hombre de 66 años, miembro del Consejo de Administración de la empresa, nacido en una familia de clase media ubicada entre plebeyos y patricios, en Ragusa de Dalmacia, el Dubrovnik croata, comerciante, diplomático, político, hombre de los servicios secretos.

Por eso, cuando se abra el telón, el público de la sala verá a la derecha una bandera con el águila bicéfala, escudo del Imperio de los Habsburgo y de Generali, un antiguo escritorio para simbolizar la actividad diplomática del protagonista, un baúl de viaje para indicar su carácter de viajero, y la primera acción de Generali a su nombre proyectada en el fondo.

Pocos segundos después de abrirse el telón, un hombre aparece en escena y llega al centro de la misma. Está iluminado de cuello para abajo. Se vislumbra el bigote blanco de su cara y su pelo plateado. Enciende un cigarro con un mechero y empieza a hablar:

"Cuando refrendé esa acción (señala la proyección que hay detrás de él) estaba en la cima de mi carrera. Consejero de una importante y reconocida empresa que acababa de abrir sus puertas a la participación equitativa de los accionistas, una fórmula jurídica totalmente nueva para la época: la Sociedad Anónima.

Fue una gran aventura y me alegré de que la primera piedra tuviera mi nombre escrito. Una piedra que construiría una catedral.

Tuve el honor de trabajar junto a compañeros de alto nivel, como Giuseppe Lazzaro Morpurgo, asegurador de larga duración, Giambattista de Rosmini, el abogado mejor valorado de Trieste, y Marco Parente, un financiero de gran carisma, personas con habilidades, trayectorias y orígenes religiosos diversos: católicos venecianos, judíos triestinos, luteranos alemanes.

Luego mi vida tomó otros caminos, remotos.

Siempre he viajado mucho, desde que mi padre y yo nos trasladamos de Dalmacia a Constantinopla, donde conocí al embajador ruso, y gracias a él me trasladé a San Petersburgo, donde tuve el honor de

estrechar lazos con Catalina II, a quien quizá recuerden como Catalina la Grande. Lástima que a su muerte su sucesor no apreciara mi compromiso como Secretario de Estado Privado y Secretario del Gabinete y me obligara a exiliarme en Ucrania, acusándome de robar documentos de Estado.

Podría contarles todos esos años con detalle, pero no estamos aquí para eso.

Afortunadamente, el zar Alejandro I comprendió mis razones y pude abandonar aquel lugar de escarcha y oscuridad para volver a viajar, especialmente a Francia en virtud de mi vieja amistad con Giuseppe La Brosse, del servicio secreto de Napoleón Bonaparte.

Pero tampoco vamos a hablar de eso esta noche.

Lo que quiero contarles es cómo, tras dejar Francia e instalarme en San Giorgio di Nogaro, mi vida me llevó a otro lugar por enésima vez, hasta que me vi obligado a desaparecer del todo, sin dejar rastro.

Bienvenido.”

La obra nunca se representó porque el actor que debía interpretar el papel de Andrea Francesco Altesti desapareció en circunstancias misteriosas.

Esa primera acción a nombre de Altesti fue transferida a favor de Pasquale Revoltella y aún hoy lleva el doble nombre.

LA HISTORIA

Desde sus inicios, Generali ha mostrado una especial sensibilidad hacia la "participación" como mecanismo de decisión y organización. Desde el punto de vista financiero, esto se refleja en su base de capital inicial: Las primeras 2.000 acciones de Generali tenían una participación igualitaria. Dada la feliz coyuntura económica e histórica, para Giuseppe Lazzaro Morpurgo era el momento de dar un salto cualitativo: la creación de una empresa con amplias bases societarias.

Las acciones, por su valor nominal de 1.000 florines cada una (correspondientes a unos 24.000 euros actuales) representaban una inversión considerable en aquella época. Las acciones de los fundadores se identificaban con números del 1 al 1.000 y debían ser firmadas por todos los administradores de la sociedad de acuerdo con los estatutos. También establecían que los privilegios concedidos a los accionistas fundadores por los estatutos de la empresa iban unidos a las acciones y, por tanto, eran transferibles a cualquier comprador posterior. La acción número uno (conservada en el Archivo Histórico de Generali) fue registrada a nombre de Andrea Francesco Altesti, miembro del consejo de administración de Generali en 1832-1833 y hábil comerciante, durante muchos años al servicio de la diplomacia rusa en la época de Catalina la Grande y Alejandro I. En el reverso de la acción, la transferencia está registrada a nombre de Pasquale Revoltella.

En 1870, Generali se confirma como la primera empresa de Italia y el número de inversores italianos también aumenta: cuatro quintas partes del capital están en manos italianas.